

# Los CoNteM poRa nEoS

El aciago epigramista me comunicó al oído su última composición: una paráfrasis de la "Canción de cuna", de Martínez Sierra: "Ya que todo español —pues que Dios lo ha querido— dentro del corazón lleva un 'ultra' dormido". Y reía con las grandes carcajadas de

## UN ULTRA EN CADA HOGAR

los necios por su propio ingenio. Me deshice como pude de sus rimas, sus chistes burdos y su adherencia de pelma profesional; me fui, pero me quedé con la copia. Cuando se trata de la necesidad, ningún diagnóstico mejor que el del necio. Quizá sea cierto que todos llevamos dentro ese bebé feroz y dinamitero. Izquierdas y derechas, ricos y pobres, ministros y súbditos. Lo que denominaríamos el ultrismo —pidiendo perdón por el usufructo del nombre, impropriamente, a los ultraístas literarios de principios de siglo, cuando la revista "Ultra" indicaba el deseo de superar formas antiguas y caducas; pidiendo perdón al fantasma de Rafael Cansinos-Assens, que quizá se pasee aún por su barrio de la Morería, levantado el cuello del raído gabán, como lo hacía en las noches de la posguerra, cuando sólo salía de su casa un rato, de noche, para respirar, porque vivía atenazado por el miedo: ¡era judío!—, es algo más que una manera de gobernar o de influir sobre el Gobierno de un país, con cánticos y amenazas. Es algo que brota, de pronto, en seres insospechados.

Hay, a veces, un fascismo, o un ultrismo (sin la "a" se separa más de los pobres literatos de la vanguardia de entonces), en un jefe de empresa —o de negociado, o de sección—; hay un ultrismo conyugal, un ultrismo paternal. ¿Quién nos librará de él el día que nos liberemos del genérico? Tal vez la interrogante sea peor: ¿nos libraremos del ultrismo genérico si no nos libramos antes del privado, del particular?

Es posible que cada uno de nosotros sea el "ultra" de alguien o de algunos. Es posible que estemos encaramados sobre nuestra propia fuente de doctrinas, sobre nuestros propios tabúes.

Es posible que nos falte el aprendizaje de ser libres dentro de nosotros mismos para poder respetar la libertad de los demás. Una sociedad pesada y rígida nos ha hecho ser nuestros propios censores, nuestros propios represores: lo proyectamos sobre los demás.

Porque, a fin

de cuentas, ¿qué es un "ultra"? Un reprimido. Alguien que lucha contra tendencias y voluntades que hay en sí mismo y que se ha construido un muro interior. Un preso del castillo que él mismo ha construido, como los personajes de los dibujos de Mingo. Entre lo que querría ser y lo que es, elige lo que es y combate lo que querría ser. Decreta que es imposible y trata de evitar que otros demuestren, por su propia vida o su propio pensamiento, que si es posible. El jefe de Policía que con más crueldad reprimió el delito fue el francés Vidocq, porque él mismo había sido delincuente y quería reprimir en los otros al delincuente que llevaba dentro. Nadie grita más contra los homosexuales que el homosexual reprimido; nadie grita tanto contra la libertad sexual como el que la tiene ahogada; nadie impide tanto la libertad de los demás como el que no puede ser libre, el que no sabe cómo se es libre.

Hay ahora un reverdecimiento de los "ultras", de sus actos y de sus palabras. No son ellos los principales personajes del drama nacional, sino aquellos que, creyéndose libres o liberales, tratan de reducir, minimizar, catalogar, ordenar, estructurar, el sentido de la libertad. Los que añaden a las palabras sus "pero", "aunque", "sin embargo". O "dentro de", o "por ahora no", o "tenemos tiempo". El que no empieza por considerar que todo es al mismo tiempo válido o inválido, que ninguna verdad es firme y decisiva, que en los demás hay una parte, o muchas partes, de razón, y que en sí mismo puede haber poca en muchas ocasiones, no se habrá depurado de su propio "ultra". ■

POZUELO

FRANCIA

## La hora del cartero

PARIS.—Mientras la Asamblea Nacional discute sobre una proposición gubernamental de liberalización del aborto, la policía desaloja los centros de correos ocupados por los carteros huelguistas, y el ministro del Interior, Michel Poniatowski, hace intervenir al ejército para evacuar las miles de toneladas de basura que se amontonan por las calles de París.

Así, desde el inicio de la presidencia giscardiana, a cada concesión en el terreno de la moral y de las costumbres tradicionales responde una intransigencia en el plano laboral y económico. Y a esto hemos llegado: basuras que se pudren en las avenidas, cortes repetidos de gas, de electricidad, música continua en la radio, programas únicos en televisión, quioscos sin periódicos, paros de trenes, del metro y esta larga huelga de correos (más de un mes ya), que empieza a perturbar seriamente la vida económica del país.

La huelga de correos se ha convertido en un «test», tanto para el gobierno como para los sindicatos. De ella depende el futuro próximo de la lucha sindical. Si los carteros vuelven al trabajo vencidos, habrá «paz social» durante largos meses. Si el gobierno se ve obligado a ceder, tendrá que hacerlo también en otros sectores, y saldrá debilitado ante los trabajadores y ante el gran capital.

Porque es un hecho —aunque por el momento las motivaciones seas misteriosas— que, a través de los carteros, el gobierno ha buscado la prueba de fuerza con los sindicatos. Todo el mundo reconoce que las reivindicaciones son justas, y en los medios oficiales se admitía desde el principio de la huelga que los 200 francos de aumento que reclaman serían recuperados pronto por el aumento del coste de vida. ¿Entonces? El hecho de que esta huelga haya precipitado el cierre de muchas empresas medias puede ser una explicación —(las clases medias, que votaron por Giscard d'Estaing, descubren ahora que se hicieron el «hara-kiri»), pero además de explicaciones dentro del marco de la reestructuración capitalista, hay que buscarlas en la propia debilidad del equipo gobernante, y en su deseo de afianzar su base ante lo que se avecina. Porque, como dicen los ingleses, lo peor está por venir.

Un informe secreto de Michel Rocard, hecho para el Partido

Socialista (donde milita ya en realidad el ex secretario general del PSU), indica que la situación económico-social en Francia dentro de dos meses será tal, que Giscard d'Estaing puede lanzar un llamamiento a la unidad nacional, que no sólo conseguiría reagrupar a los gaullistas discolos, sino también podría ser oído por muchos socialistas, rompiendo así la unión de la izquierda. Michel Poniatowski —que es decididamente el «hombre orquesta» del gobierno—, ya ha dado los primeros pasos —unos, sutiles; otros, burdos— dentro de esta estrategia: reconocimiento del «carácter democrático» del PS, elogios de Mitterrand y denuncia de la esencia «totalitaria y fascizante del comunismo», esto aun a riesgo de comprometer los resultados del próximo viaje de Brejnev a Francia.

Desde este ángulo puede comprenderse el desdeseo de los giscardianos de penetrar en sectores de los que están completamente ausentes, y que les serían vitales en caso de crisis grave o de elecciones anticipadas. Me refiero a los medios de comunicación. Pero como se ven obligados a obrar con precipitación, las cosas les están saliendo mal. La operación de «recuperación» de la emisora de radio Europa I ha sido una catástrofe. No sólo se pusieron en evidencia unos métodos autoritarios y groseros, sino que ahora esta emisora ha tenido que distanciarse del poder, y sus periodistas utilizan sin temor ese tono «de cachondeo» que les reprochó el primer ministro, Jacques Chirac. De rechazo, han tenido que abandonar la operación de «alineamiento» de France Soir, e incluso tienen dificultades —por sus errores, por la citada precipitación y por la mal evaluada combatividad personal— con la reforma de la ORTF.

Incluso el cálculo que se pudo hacer sobre la impopularidad de las huelgas (en particular, la de correos) resultó falso: la huelga de los carteros no es impopular. Miles de personas se manifestaron en París para protestar contra la entrada de la policía en los locales de correos, se recolectaron millones de francos, y la acción de fuerza provocó la entrada en la lucha de sindicatos (como la FEN), que hubieran deseado permanecer neutrales, pero se vieron empujados por la base. Por otra parte, nos estamos acostumbando a vivir «a la italiana», sin correo, con trenes inexactos,